

Es
pa
c
cio

Espacio



Reposo relativo

Mabel Lilian Ríos Plazas

*Docente de la maestría en desarrollo alternativo,
sostenible y solidario, UNAD*

En la teoría de la relatividad general, publicada en 1915, Albert Einstein afirma que el espacio y el tiempo están entrelazados en un solo continuo que denominó espacio-tiempo; y que los eventos que ocurren en un mismo tiempo para un observador podrían ocurrir en diferentes momentos para otro. El debate sobre la relación espacio-tiempo no era nuevo, el mismo Einstein se manifestaba rebelde en contra de la metafísica Aristotélica que defendía un espacio-tiempo absolutos, anclados a un punto fijo, inerte, alrededor del cual las demás cosas se mueven o no se mueven; Newton también estuvo muy cercano a Aristóteles aunque ninguno de los dos logró demostrar dónde quedaba aquel punto fijo que daría origen a todo movimiento. Aristóteles propuso el éter, pero él mismo reconocía que el éter era invisible; físicos y matemáticos posteriores demostrarían -a fuerza de fracasos- su inexistencia.

Volvamos a Einstein, imaginemos que viajamos “hombro a hombro” a una velocidad constante con un avión X – 15 norteamericano a 7200 Km/h ¿Podríamos percibir la velocidad de nuestro vecino de vuelo en estas condiciones? No, no podríamos, dado que nos movemos a la misma velocidad, recibiríamos al avión en reposo, estático, anclado a un punto fijo, aun cuando los espectadores de nuestra hazaña en tierra puedan tener todas las pruebas posibles sobre los miles de kilómetros recorridos durante el tiempo que estuvimos en el aire. Los eventos que ocurren en un mismo tiempo para un observador, podrían ocurrir en diferentes momentos para otro.

A medida que el virus se fue propagando de país en país, los medios de comunicación fueron documentando imágenes de grandes urbes totalmente desocupadas, calles en cinematográfica soledad, los bares y restaurantes más concurridos con las sillas sobre las mesas, playas sin sombrillas, las máquinas de café se apagaron en las oficinas, los parques estaban sin niños, los mercados sin ofertas, las bibliotecas sin lectores, los museos sin turistas. Millones de personas habían sido

confinadas en sus casas, apartamentos, apartaestudios, habitaciones y refugios ¿Estaban en reposo? ¿Se había detenido el motor de la vida? ¿Qué estaban haciendo todos con ese tiempo que antes le pertenecía con exclusividad al tren, al café, al restaurante, a la oficina, al parque?

Los meses de confinamiento global pasaron y los estadistas empezaron a ofrecer respuestas. En China murieron más personas de suicidio que de COVID, en Latinoamérica se incrementaron los crímenes asociados a violencia intrafamiliar y de género, en Estados Unidos aumentaron dramáticamente las muertes por sobredosis y en Europa se dispararon las consultas por enfermedades mentales. No nos venían bien los espacios cerrados, no nos venía bien estar continuamente en un mismo lugar, no nos venía bien volver a nosotros mismos, habitar nuestra intimidad, nuestra corporeidad, encontrarnos con ese X-15 cargado de miedos, anhelos, esperanzas, recuerdos, heridas, amores y duelos que todos llevamos dentro pero que creíamos en reposo simplemente porque sin saberlo, viajábamos de otros modos, “hombro a hombro”, a una velocidad constante con nuestro “yo” interior. Ahora el virus nos obligaba a estar en tierra, a ver horrorizados los kilómetros que nuestro ser interno recorre con increíble rapidez muy a pesar de nosotros mismos. Los eventos que ocurren en un mismo tiempo para un observador, podrían ocurrir en diferentes momentos para otros.

Microrrelato.

Insane 19.

Andrés Alejandro Guerrero Santos

Estudiante ECJP, Bogotá

Hace tiempo que no me sentía sólo, en el lugar equivocado y justo en la sala de mi casa... Tres minutos para el infinito ¡Qué diablos!

Me susurró al oído

Tendrás que saltar el muro y dejar el corazón. Peso muerto a los 37, ya sabes.

Tomó su 38 y dio unos pasos. Decisión tomada.

- Quizá encuentres algo por el camino- le dije.

-No pierdas tiempo- contestó.

Cruzó la mirada y se alejó del espejo, respiró sin preocuparse del virus y apagó la luz.

Por favor, silenciar sus micrófonos

Brigitte Carolina Rojas Rodríguez

INVIL, Bogotá

Es imposible devolver el tiempo, ya había hablado, pero esa no era su preocupación, dijo lo que dijo sin haber silenciado su micrófono. “Cómo pude ser tan idiota”, pensó. Quería golpear su cabeza, sin embargo, tuvo que disimular la vergüenza, seguir frente a la cámara y observar cómo los asistentes a la reunión intentaban ocultar la risa o la indignación, algunos le escribieron en privado. Sabía que de su jefe no habría comentarios. “Pues nada, al fin y al cabo, ya me mamé de

esta mierda”, se dijo. “No medí mis palabras, pero por qué hay que medir las palabras cuando uno se desahoga, si le chantan más trabajo”. Podía trabajar desde su casa y hacer lo que le antojara. Lo único que lo atormentaba era que ahora su horario de trabajo se estaba casi duplicando. “Alberto, ahora sí puede activar su micrófono”, le ordenó su jefe. Lo de Alberto lo indignaba, pero no podía reclamar, era venganza pura, prefería que lo llamaran Raúl. Encendió su micrófono: “¿me escuchan?”, preguntó con algo de prevención. Nadie respondió. “¿Me escuchan?”, volvió a preguntar. Notó en los rostros que no había intención de irrumpir en un coro de sí, fuerte y claro, te escuchamos, muy bien, adelante. Nada. “Me confirman, por favor”, insistió, tampoco hubo respuesta en el chat. Sintió las miradas acusadoras. Iniciemos. Al ver su rostro en la pantalla, notó que había olvidado colgar el cuadro de Escher porque quería lucir ejecutivo e intelectual. En su lugar, estaba el reloj de pajaritos que su mamá le había regalado. Hoy no es mi día. Primero cometió semejante idiotéz y ahora parezco un levantado sin estilo. No se permitió otra distracción e inició. Les voy a compartir mi pantalla. El silencio en el chat lo hizo sentir más nervioso que el de los micrófonos. Cordial saludo para todos nuevamente, les voy a presentar la gestión realizada durante la última semana para el cumplimiento de las metas. Se sentía tranquilo, “a pesar de todo, mi trabajo es el que habla por mí”, se consoló. Pasados diez minutos, Raúl estaba empoderado, “vemos aquí el incremento en los índices de intención de compra. ¿Alguna inquietud?”, preguntó a los asistentes. Nadie respondió. Anheló que todos hubieran olvidado su impertinencia, que estuvieran pensando en cosas más importantes, como preparar el almuerzo; seguro que Martica debe estar rogando que terminemos para cederle el computador a su hija. Cuando Raúl finalizó la exposición, su jefe le pidió que le enviara el informe de inmediato, pero no le agradeció. “Hoy no te felicitaron por tu buen trabajo, Raulito”, se cuestionó. Días después, supo que era el hazme reír de todos en la oficina por un GIF que rodaba entre algunos chats, en el cual se veía a Raúl llevando su mano a la boca, abriendo mucho sus ojos, tomando un poco de agua e inmóvil ante la cámara, tras jactarse de haber alterado esos putos informes que entregaba a la inepta de su jefe.

Cincuenta y un días

Diana Marcela Másmela Useche

Egresada - Ingeniería Industrial

Argentina, Córdoba Capital

Ainhoa tenía diecinueve años, era solitaria y difícilmente expresaba sus sentimientos, siempre quiso comprender las emociones humanas y decidió estudiar psicología. El seis de marzo viajó a Roma desde Buenos Aires para participar en un encuentro internacional de estudiantes. Al llegar, en el aeropuerto, vio un joven de aproximadamente veinticuatro años, que extrañamente cautivó su atención. Ella siguió su camino y se hospedó en un cómodo hotel, luego de cuatro días, todo fue cancelado debido al surgimiento de una pandemia e inicio de una cuarentena.

Esa noche, en el comedor del hotel, un empleado se acercó y le informó que desde ese momento no podría salir puesto que la zona había sido catalogada de alto riesgo; Ainhoa quedó paralizada, no sabía si por el asunto de la pandemia o porque la persona que le hablaba produjo profundos sentimientos en ella. ¡Era el joven del aeropuerto! No pudo pronunciar palabra alguna. Se levantó presurosamente y volvió a su habitación no sin antes indagar con el conserje quién era aquel joven, a lo que se le respondió era el administrador del hotel.

Con la excusa de la cuarentena se acercó con el corazón palpitante al administrador y le expresó su preocupación ya que había programado que su viaje de regreso fuese en dos días; el joven amablemente intentó tranquilizarla pero Ainhoa no quería sus argumentos, menos aún sus ademanes de cortesía, ella se contenía para no lanzarse sin remedio a sus brazos; al final, de aquella conversación ella solo recordaría una cosa; Su nombre era Tiziano. Pasaron los días y conforme crecía el afecto, crecía también el pánico en toda Italia. No obstante, en el hotel había una extraña tranquilidad, pues los huéspedes y empleados estaban a salvo.

Treinta días transcurrieron en confinamiento y Ainhoa fue feliz cada uno de ellos. Estar cerca de Tiziano significaba todo para ella. Sus sentimientos fueron creciendo cada día, aunque nunca pudo expresarlos. El día treinta y dos, Tiziano inició una conversación durante el desayuno, era algo trivial, pero terminaron hablando de todo, cual viejos amigos. Ainhoa no podía ser más feliz y descubrió que su corazón lo había elegido a él para siempre; sin embargo, desde el día

cuarenta, Tiziano cambió, se tornó distante y pocas veces se le vio fuera de su oficina. Solo hasta entonces Ainhoa empezó a resentir el letargo del confinamiento.

El día cincuenta y uno se abrieron las puertas del país y del hotel. Ainhoa volvería a su tierra en pocas horas. Sintió una inmensa angustia al saber que no lo volvería a ver y se cuestionaba el no haberle expresado sus sentimientos. No se despidió.

Al llegar a su país y a su casa encuentra un sobre en su mochila, con fecha de doce días atrás. Adentro había una carta en la que Tiziano le decía que la amaba, pero creía no ser correspondido pero que, si él estaba equivocado al respecto, suplicaba se lo hiciera saber subiendo a la terraza del hotel esa noche, donde él la esperaría. Si no iba, entendería cuál era su respuesta.

Ainhoa no podía creerlo, esta carta lo cambiaba todo. Quería volver inmediatamente, pero ese mismo día fue diagnosticada con la enfermedad. Su salud empeoró, pero no la amilanó en tanto tenía un motivo para seguir viviendo: la esperanza de volver a verlo.

Un animal extraño

Fanny Pinzón Candelario

ECAPMA, Santa Marta (Magdalena) - Colombia

Allá por el bosque de la Sierra Nevada de Santa Marta, junto al mar, vive mi familia, una comunidad de nutrias de río, mi nombre es Esperanza, porque cuando nací, fue como un milagro, quedábamos muy pocos en la familia y los machos casi habían desaparecido. Esta noche nos reuniremos y les contaré mi historia.

Cuentan los abuelos que hace muchos años llego a la tierra un animal extraño, le decían así porque nunca se comportó como los otros, siempre se creyó superior. Era un animal casi sin pelo, que robaba la piel a otros animales para cubrirse; no tenía garras, ni dientes afilados, pero construía armas que podían matar a otros animales no importa si eran grandes o chicos.

Para hacer sus nidos y madrigueras arrasaban con grandes extensiones de bosque y a pesar de no necesitar tanto alimento, mataba sin ninguna consideración a otros animales para guardarlos.

Ni el León en África con su fuerza y filosos dientes logró vencerlo, por lo que tuvo que confinarse en la selva; ni los elefantes con su imponencia fueron respetados, ya que decidió matarlos para usar sus colmillos para usos extraños.

Los mares no fueron impedimento para este animal, a pesar de ser terrestre invadieron con grandes redes, atrapando peces para alimento, pero también grandes ballenas para quitarles su aceite para prender fuego; los tiburones fueron sus víctimas ya que les cortaban sus aletas y luego los tiraban al mar para ser devorados.

Eran tan extraños y tan prósperos que se multiplicaron como moscas, llegando a cada rincón del mundo, y con ellos su destrucción, sus desechos que no eran capaces de controlar, ya el suelo y las aguas no daban abasto, dañando nuestros hogares, los ríos. Ya no teníamos donde nadar y cazar nuestro alimento así que muchas crías fueron muriendo de hambre y los machos perdieron fuerza, hasta que en este río solo quedaban mi madre, su hermana y mi padre.

Fue cuando paso lo inesperado, aquel animal por algo que desconocíamos, no lo volvimos a ver, ya no subían al bosque, todos estaban extrañados y curiosamente nos desplazamos para ver lo que ocurría, ya no escuchábamos sus grandes estruendos, ya no teníamos que escondernos de sus armas, ya el río no estaba sucio por los residuos que dejaban los fines de semana. Todos se preguntaban que les había pasado. Fue cuando las aves trajeron la noticia, el animal extraño estaba sufriendo un ataque viral que nadie conocía y le toco atrincherarse en sus madrigueras. Todos los animales se pusieron felices, empezaron a recorrer sus espacios para mirar que estaba pasando. Solo se hablaba de eso, quien iba a pensarlo que un pequeño virus, tan pequeño logro lo que no habían logrado otros. De eso ya han pasado varios años y nada nunca volvió hacer igual para ellos.

Ahora nuestra familia se ha recuperado, pero siempre nos preguntamos hasta cuando seguirá la calma, si estos animales aprendieron la lección que esta tierra es para todos.

El cuento del sancocho

Jesús Alberto Ramírez Calderón
ECACEN, Bogotá - Colombia

Aquella mañana a pesar del intenso frío y la soledad de la calle, la alegría y la sensibilidad temprana amanecía con cada uno de ellos. Migdonia, de especial alegría, recordó ese día fresco en medio de las olas calurosas de su ciudad...Vendría la charla, el recuerdo. La año-

ranza de aquellos sitios que nos inundan, nos invade los sentidos con el rico olor a humedad, a frescura, a fragancia de la naturaleza. Olores que nos campanean que estamos cerca a esa gran explosión de vida llamada río, o al borde de una alfombra de agua llamada laguna.

Ya sabemos que vendrá la actividad acalorada, la búsqueda de leña, y la pregunta: ¿"Quién trae las gallinas"?

Se activa el chat y, abriéndose paso entre los quehaceres, aparece la sutil imaginación. Se Inicia un jugueteo en la jornada laboral, un toque de humanidad; el paseo se convierte en algo serio, sí... parece asombroso e increíble realizar "un paseo de olla" en las circunstancias actuales. El ángel de la creatividad fluye en el chat, para dar color a la mañana fría que embarga las ciudades, donde cada uno, en un espacio alejado, habita.

La doctora Nolvís, con esas características especiales de líder, trae la leña... Importante buscar alternativas para que todos revivan el sabor de nuestra tierra; esa tierra hilada de diferencias, pero a su vez plagada de convergencias.

Roger, de sobresalientes dotes culinarias, presenta toda su experticia en sancocho trifásico. ¿Sancocho trifásico? Eso suena como a cobro triple de factura de energía, algo que se ha vuelto normal en estos días.

No se diga más... Inmediatamente Roger busca entre sus archivos un vídeo del paso a paso de la preparación y comparte, hay que sentir y saborear desde ya lo que nos espera, dice en el chat: <https://www.youtube.com/watch?v=qH00Z QhtVdQ>

Al parecer se equivoca, el enlace compartido nos lleva a un video con la dura realidad. Clara por su parte, llega con las gallinas criollas; esto la hace recordar a su suegra, ella siempre advierte, "un buen sancocho se comparte, pero con gallina del campo". Cada integrante, en buen trabajo colaborativo, selecciona su rol; se distribuyen tareas, inician los aportes de ingredientes, entra en juego el debate... Nadie pensó en el guacamole.

Pero hay que hacer una reunión y subir los informes al foro. Noo, pero ¿cómo vamos a hacer un cuento? Y así se fue atizando el fogón, organizando la olla. Cada recuerdo de olores, sabores y paisajes de los invitados de cada CEAD y región se fueron juntando.

Y entre nostalgias y recuerdos, los ingredientes se fusionaron, no se maldijeron las picadas de los mosquitos. Aaah, los benditos mosquitos, ¿de qué se estarán alimentando? El consciente inconsciente nos indaga, ¿Cómo hacer que sea posible en la red el olor a leña, a sancocho recién hervido, sentir la humedad de agua del río corriendo por el cuerpo? ¿Cómo?

Nos corresponde esperar con paciencia jobiana y en prudentes distancias castrenses; hasta que llegue el día que un compañero diga: – Soy el anfitrión, yo le sirvo el sancocho... espero le guste.

Trabajo sí hay

Juan Carlos González González
VIDER, Bogotá - Colombia

Decide “reinvertarse”, como llaman ahora a lo que antes era rebusque, porque las cuentas siguen llegando y el hambre no sabe de plazos, ni de virus. Entonces piensa en la mejor forma de sacarle partido a la situación actual. Después de pensarlo, se viste con su mejor pinta y, para no desentonar con su nuevo emprendimiento, un tapabocas para la ocasión. Con toda la energía de quien va a cambiar al mundo, se dirige al banco para pedir el apoyo económico. Al llegar, se hecha la bendición y saca su pistola...

Un amor sabor a whiskas

Juan Gerardo Calderón García
ECSAH, Bogotá - Colombia

Cuando creí que tenía todo lo necesario para pasar la cuarentena, miro la ventana y veo a ese maldito gato, la herencia de mi exnovia; hacia dos meses que se había ido del país a buscar un mejor futuro, al parecer, a la semana de jurarme amor eterno, lo consiguió, efectivamente su futuro era alto, rubio, fornido y la estaba abrazando en todas las redes sociales.

Me dispongo a salir de mala gana; aun no entiendo en qué momento los gatos dejaron de comer ratones para pasar a comer concentrado con sabor a pollo. Tomo todas las medidas de seguridad necesarias: Doble chaqueta, pantalón largo, mi tapabocas de Angry Birds y guantes de látex, me sentí como un marciano con tanto equipamiento. Para llegar al súper mercado únicamente tengo que atravesar cuadra y media, veo con sorpresa la pista de despegue desocupada (Así le llaman al parque de la esquina en donde se drogan los chicos

del barrio), me apresuro a doblar la esquina y es entonces cuando veo algo que sacude todo mi día; tras de un tapabocas de Star wars cubriendo lo que desde mi imaginación deben de ser un par de labios carnosos, rojos como una manzana a la espera de ser mordida, veo unos grandes y hermosos ojos color azucena, cabello largo y lizo, su piel de porcelana delicada.

Pude observar que entró al mismo Súper mercado que yo, apresuré la marcha para iniciar mi labor de espionaje, quizá tenía la suerte que comprara comida para gato al igual que yo, comenzó su recorrido en la zona de pastas, tomaba con delicadeza algunos productos y los ponía en su pequeña canasta, recorría pasillo por pasillo, yo caminaba con una fingida indiferencia, pero no, mi corazón latía al ritmo de “Vuela, vuela, no te hace falta equipaje”, pasados 5 minutos de deambular por cada uno de los estantes llegó mi momento de gloria, luego de planear minuciosamente el recorrido nos encontramos en sección de comida para animales, tome toda la fuerza que no había tenido hace mucho tiempo y dije con voz indiferente “No puede faltar la comida para mi gatico” jugando al azar, tentando a la suerte, quizá ella sería una amante de los gatos y allí comenzaría mi nueva historia de amor, sucedió lo que nadie esperaba, sus ojos azucena me miraron y con voz dulce exclamó: “¡Gas los gatos!” y partió indiferente.

Ha pasado 1 año luego del inicio de la cuarentena, todos los días trato de seguir la ruta de ese día en diferentes horas, quiero encontrarla para explicarle que a mi tampoco me gustan los gatos, que no entiendo nada de ellos y que podríamos hablar toda la tarde de Star wars o de cualquier otro tema, que ella con sus ojos color azucena pudiera desear.

No exagero

Lina María León Guerrero
ECSAH, Bogotá - Colombia

Debo comenzar admitiendo que siempre he tenido comportamientos un tanto obsesivos (nada de qué preocuparse). Vivo sola en un quinto piso en un apartamento de 36 metros cuadrados donde cada mueble, cada paquete y cada frasco tiene un lugar y una posición preestablecida y antes de salir, reviso al menos unas 5 veces que

las ventanas estén cerradas, que la estufa esté apagada, que las llaves del agua no queden abiertas y en general que no haya posibilidad de ningún incidente mientras me ausento. Pues bien, algunos días después del inicio del aislamiento, justo antes de ir al supermercado, noté algo extraño en la acomodación de mi sala, no podía sentir esa proporcionalidad armoniosa que siempre mantengo, y, claro, el borde del sofá no estaba totalmente paralelo a las baldosas, cosa extraña, porque la última semana no había tenido visitas a causa del Coronavirus y nunca utilizo ese espacio cuando estoy sola, sin embargo, traté de no prestarle mucha atención a esa pequeñez. Una mañana en el desayuno, abrí la alacena para sacar mi pocillo favorito, pero esta vez la oreja estaba hacia la izquierda y no hacia la derecha como siempre lo coloco; así que intenté hallar una razón lógica a tal atrocidad en contra del orden y la justifiqué con el estrés del trabajo desde casa. Pero el fin de semana siguiente este tipo de eventos extraños se repitieron. El atomizador con la solución desinfectante que uso para rociar mis zapatos al llegar a casa miraba hacia la puerta y no hacia la ventana como de costumbre, los pañitos húmedos para limpiar mi celular no estaban correctamente sellados, las etiquetas de la sal y la pimienta no estaban alineadas y el grifo estaba goteando... ¡goteando! Entré en pánico, definitivamente alguien había tocado mis cosas, alguien había entrado en mi casa mientras hacía las compras, ¿pero cómo? Nadie tiene copia de mis llaves. Revisé el apartamento de arriba abajo, de adentro a hacia afuera, pero no encontré más rastros. Le pregunté al vigilante, pero no había visto a nadie extraño. Llamé a mi mamá para pedirle consejo y obviamente me dijo que estaba exagerando. ¡No exagero! Por eso decidí desde hace tres semanas permanecer en vigilancia y no salir ni siquiera por comida. Y aún así, he encontrado el papel higiénico desgarrado y no por la línea de corte, los paquetes de arroz y lentejas más vacíos de lo que los he dejado e incluso he encontrado cosas que no son mías. Me invade la incertidumbre, no sé quién es este extraño del que solo percibo rastros, pero al menos se toma en serio lo del virus, pues a pesar de que no salgo, los tapabocas, los guantes y el desinfectante siguen agotándose.

Panes y pandemia

Luz Amanda Montes Malagón
ECBTI, Tunja (Boyacá) - Colombia

Señora Luz, ¿podemos hablar? Me quedé sin empleo. No entiendo, ¡pero usted trabaja en una panadería, joven! Señora Luz, renuncié, el coronavirus está matando a miles de panaderos en el mundo, además lo hice por la salud de todos en el barrio y por la salud de mi perrita. ¡Usted está loco!, si el gobierno autorizó a los supermercados, y por supuesto a las panaderías, a continuar laborando ¡Qué disparate hizo!, si el mejor negocio ahora es vender pan.

Señora Luz, lo hice por mi salud, la de mi perrita y la del barrio, ese virus es mortal, y este tiempo es perfecto para cuidar a Luna en su posoperatorio, le cortaron las trompas. ¡Qué trompas ni qué diablos! Gabriel, supongo que al renunciar le habrán dado una liquidación, ¡no me engañe! Sí, pero figúrese que la operación de Luna era una prioridad, con tanto perro morbosos en este vecindario, y para completar había una superpromo en la que adicionaban totalmente gratis un blanqueamiento dental.

Gabriel, no solo renuncia cuando puede seguir trabajando sino que gasta el dinero en una estúpida cirugía para ese animal, y no entiendo para qué un blanqueamiento dental para una perra, ¿acaso es presentadora de noticias? Además, me tiene sin cuidado su sentido de responsabilidad del control natal de los animales; debería haber programas de gobierno, pero para el control natal de personas como usted. Solo le pido que me tenga paciencia tres meses, señora Luz.

Usted tiene ahorros, págume con lo que tiene ahorrado. No tengo ahorros, lo que tengo son deudas, y ese tema del ahorro ya pasó de moda, uno se muere y nada se lleva. Usted sabe que vivo solo de la renta de esta casa.

Señora Luz, usted está joven, es momento de ponerse a trabajar, piense en una segunda entrada económica.

— Atrevido. Tiene 24 horas para desalojar.

Usted no puede hacer eso, durante esta pandemia la ley se lo prohíbe, además mi perrita está recién operada.

Mire, pueden haber operado a su abuelita y esa pinche ley puede estar escrita en la biblia, pero usted no puede vivir más en esta casa.

— Ocho días después, al no llegar a un acuerdo, un Juez pronuncia la siguiente sentencia:

“La señora Luz es condenada a 18 meses de cárcel por los delitos de incumplimiento del decreto, estigmatización a animales domésticos en estado de convalecencia, violencia de género contra hombre y contra mascota; adicionalmente tendrá que pagar una indemnización al afectado. Si acepta los cargos se reducirá la pena a la mitad del tiempo”.

La señora Luz no acepta los cargos. Días después, Gabriel lucha por su vida, pero muere por complicaciones asociadas al covid 19. Por otro lado, la señora Luz cumple su pena privada de la libertad y llora cuando recuerda las palabras de Gabriel: “Señora Luz, el coronavirus está matando a miles de panaderos”, además, “uno se muere y nada se lleva”.

Actualmente la vivienda se halla deshabitada. Se desconoce el paradero de Luna.

Día 100

Mary Luz Guerrero Bonilla

VIACI, Bogotá - Colombia

Cerró su libro y descansó un poco sus ojos. Día uno, día diez, día cien, hay un punto en el que los días dejan de contarse porque son exactamente iguales, lo que cambian son las noches que traen, como en los cuentos legendarios, mil y una historias. La noche es el momento del silencio, donde solo estás tú, con las bellas glorias o siendo el peor de tus verdugos.

Sintió una leve vibración, revisó su celular, pero no tenía mensajes, le había escrito todo el día. En época de cuarentena, de repente todo cambia, no estaba solo en línea, sino también escribiendo. Pensaba en todo lo que él podía querer decirle, recibió un: “hola, hermosa. ¿cómo estás?” Ella contestó con una frase que le diera un aire de mis-

terio y le permitiera avanzar en la conversación: “Confundida, no sé si ya soy un axolotl o no”. Con un emoticón, llegó la anhelada pregunta: “¿un qué?”. Así comenzó ella, en su fascinación, a contar de sus lecturas y, del otro lado, a compartir también las suyas. Como un divertido juego de ping-pong, llegaban las preguntas, las respuestas, las opiniones de la vida. Un par de horas de texto, le hicieron sentirse coqueta y atrevida, así que, con su voz más sexy, le hizo un audio corto. La respuesta no fue otro audio, fue un texto, de nuevo. Se sintió un poco tonta, pero no le dio mayor importancia y siguió con los mensajes; al fin y al cabo, la conversación era maravillosa y ahora, después del audio, se sintió más halagada por su sexy voz y entre letras subía y subía de tono. Hacia tanto que no se sentía así de excitada, era como el chiste de los lingüistas una fantasía textual. La verdad, creo que nunca había leído el sexo, ni cómo puede estar lleno de palabras, casi como un juego sexualizado.

Con todo el disfrute y la novedad, el ojo humano es siempre goloso y quiere más, por lo que la maravillosa atmósfera de palabras fue interrumpida por el sonido de timbre para una videollamada. No contestó, lo que la enojó. Con mayúsculas, le exigió que le contestará. Pero ya no hubo una respuesta de texto, ya no estaba en línea, las palabras habían quedado leídas. Respiró y, de nuevo, sintió una pequeña vibración. Había un mensaje: “Sabes que no puedo hacer videollamadas, ni audios, morí en diciembre. Ya es hora que despiertes, volviste a cerrar los ojos en el sofá”.

Abrió sus ojos, miró el celular a lo lejos, confirmó la hora, su foto de bloqueo aún le recordaba. Limpió su rostro de lágrimas fugaces y se dispuso a dormir la hora que le quedaba antes de que iniciara el día 101 de la cuarentena.

Soledad, ¿estás ahí?

Robert Alexander Romero Moreno
VIDER / SINEP, Bogotá - Colombia

“La soledad del hombre no es más que su miedo a la vida”

Eugene O’Neill

Llevo dos noches sin dormir; los pensamientos en mi cabeza son explosiones repentinas de luz ahogadas en un mar de tinieblas y oscuridad. En un lugar muy recóndito de mi sentir, intenté comprender mi soledad, la cual, sin saber por qué, siempre he amado...

No sé cuántos días han pasado y muchos menos cuantos faltarán, el café y el tabaco incesante ya no ayudan a reflexionar, ni siquiera a intentarlo, de hecho, creo que mis sentidos se van paralizando lentamente, hasta que mi cuerpo intuitivamente da arranques de estímulos naturales de sobrevivencia. Luego de caminar en casa y divagar durante horas, me encuentro ahí, frente al espejo, dudoso, lúgubre, extasiado y taciturno, con la barba de varias semanas, la ropa de hace días y sin alimentarme debidamente, cual si fuera un vagabundo abandonado a la suerte y la penuria.

Traté de descifrar mis impetuosos sentimientos de soledad; busqué en los libros, en internet, en Brahms y Handel, en mi mente, en mis recuerdos, pero no pude descifrarla. La falta de sueño me hizo alucinar, observar imágenes, sombras, voces, incluso el sonido de la lavadora y la nevera parecían susurrarme cada vez que me acercaba a ellas, como si personificaran y dramatizaran un antiguo soneto... Cansado y confundido caí en un profundo coma... soñé y soñé como nunca lo había hecho. Perdido en mi mente divisaba etapas tanto funestas como felices de mi niñez, las travesuras de colegio, los partidos de fútbol en las calles empedradas de mi barrio, las comidas familiares, todos esos momentos maravillosos y atesorados que nos construyen como humanos. Cuando desperté todo fue diferente, pude hallar la respuesta en mi mente y comprender que, aunque amemos la soledad y seamos cómplices de ella, siempre vamos a necesitar un saludo, un abrazo o un beso de aquellas personas que son significativas para nosotros y por las cuales estamos dispuestos a entregarlo todo.

Así pues, comprendí que la soledad no solo está aquí, está en los niños, en la juventud, en los ancianos, está en los cuerpos, las mentes, incluso en las multitudes.

Porque ahora que puedo pensar claramente, concibo lo imprescindible de la soledad, lo importante que ha sido para entender que siempre es necesaria, que debemos conocerla y no huirle, que por paradójico que suene, puede llegar a ser nuestra mejor compañía, pues en ocasiones no hay cárcel más fuerte que nuestra propia mente. La situación actual trajo miseria y dolor, pugnas y cambios sociales, sin embargo, fue la perfecta oportunidad para conocerme un poco más y ver dentro de mí, a flor de piel, los sentimientos más humanos que podemos desarrollar en situaciones no contempladas por nuestra imaginación. Pero lo más importante de esta experiencia es poder compartirla con las personas que nos rodean y que tal vez se sientan solas, porque no han podido discernir lo hermosa que puede llegar a ser la soledad y los retos que trae en la vida misma.

Confinamientos

Víctor Manuel Peñafiel Chávez
ECSAH, Restrepo (Valle del Cauca) – Colombia

Esta es la historia de un joven que se hallaba hacía ya un largo rato postrado, en la extensión de un verdoso campo, contemplando el desollamiento de la luz del día. Veía cómo las sombras furtivas de la noche se acercaban, lentas pero inevitables, pues en época del gran confinamiento y alejado de las enormes urbes o cualquier atisbo de urbanidad, la oscuridad era su frígido cuartel de angustias y anhelos.

Todo lo que sus ojos acaparaban se resume en la providencia de un ensombrecimiento que cabalgaba al negro vivo, en la extensión de un terreno que daba la impresión de ser el núcleo primigenio de su desasosiego.

El tenue brillo naciente de las estrellas le sobrecojían fisco-neando su obrar; pues bien, había sacado una rugosa carta de su bolsillo con gran vergüenza, para leerla durante su ilustre tedio crepuscular. Empezó a desenvolverla con súbita desconfianza, a desplegarla como si estuviese desvistiendo una golosina, a sabiendas amarga; su mirada sobrevolaba las contristadas palabras, tan propias... tan extranjeras.

Leía cautelosamente, así detenerse ante cualquier muestra de fusilamiento, y aun así, sus enquistadas cavilaciones ascendían con frenesí hacia su pensamiento, producto de la efervescencia de las palabras que lo petrificaban. Pero fue en ese preciso momento que un llamado le interrumpió: “¡Rosyyyyyy!”; exclamó sonoramente una figura masculina aproximándose.

La escaza luminosidad no le permitía definir claramente las facciones de su rostro, pero semejaba un lugareño Tolstoi con una soberbia frentesota y una empastada

barba; por vestimenta, una dotación de campesino. Y continuando con su llamado, decía: “¡Rosyyyyyy! ¡Rosyyyyyy! Sal de dónde estés”.

- Buenas tardes, prácticamente noches – Se pronunció afablemente el hombre a cuatro metros de distancia.

- Si señor, muy buenas.

- Qué pena molestarle joven fermentado de ilusiones ¿De casualidad ha visto a Rosy?

- ¿Fermentado de ilusiones? ¿Rosy? – Expresé mi interrogante con leve pero genuina sonrisa.

- Si, ¿Acaso la juventud no es la época donde nos vemos embriagados por un torrencial sombrío de añoranzas? Aunque... lo que me interesa ahora es Rosy ¿Has visto a Rosy?

- Pero aún no me dice quién es – respondió consternado.

- Una yegua que dejo libre en estos campos para que sienta un mínimo efluvio de libertad; algo así como nuestras decisiones.

- Qué decirle, señor, lastimosamente no la he visto. Por otro lado, no me hable de libertad porque me agrieta.

Fue en ese instante que, como si hubiese sido necesario dos personas para convocar el relincho de un animal, se escuchó una apasionada respuesta de la yegua que decía:

«¡Hiiiiiii!;Hiiiiiii! »

- ¡Es momento de irme, Rosy me aclama! Y usted joven, deje de maltratarse con el lenguaje, pues ya he visto esa ajada carta que tiene en sus manos e intuyo que no tuvo el valor para entregarla.

El joven tampoco tuvo la valentía para responder. Pero desde entonces, todos los días, rompe la cuarentena para ir en busca de la irreverencia del viejo, en busca del relincho de la libertad.

Solo ella

Weimar Danilo Leguizamón Alarcón
Consejería académica ZCBC, Bogotá – Colombia

Después de un par de semanas, cuando supimos que el covid-19 no era un juego inventado por los chinos usando a un murciélago como excusa, y comenzaba a cobrar vidas en suelos latinoamericanos, nuestra preocupación creció de forma vertiginosa, no solo por el inoperante gobierno nacional -que estaba de turno- o por los adultos mayores de nuestras familias o por el desempleo, lo que verdaderamente nos preocupaba era no volvernos a encontrar y disfrutar de la vida.

Cuando llevábamos tres meses de encierro, debido a la cuarentena decretada por el gobierno distrital, decidimos encontrarnos con cinco amigos. Hubiéramos querido estar todos, pero el pánico había trascendido tanto que los que vivían al otro lado de la ciudad desistieron de la idea por ser un riesgo. Ninguno ya soportaba el encierro y la comunicación virtual no era suficiente. Además, somos de una generación que gusta de la presencia, el contacto humano, la camaradería y el deseo por compartir nuestros gustos no daba espera.

Mi casa fue la guarida que determinamos para salvaguardarnos de multas, comparendos o juzgamientos ciudadanos, por el simple hecho de estar reunidos, compartiendo unos tragos y escuchando salsa. Al saludarnos y durante la tarde estuvimos un poco tímidos, incluso nos mirábamos de reojo, con desconfianza, el antibacterial y el alcohol se usaba de forma exagerada cada vez que alguien volvía del baño o de comprar algo en la tienda más cercana. Tampoco compartíamos copas o vasos y por decisión colectiva decidimos fumar solo dos veces durante nuestro encuentro, nada que ver como lo hacíamos en los viejos tiempos, pero pensamos que era justo para todos y lo más responsable de nuestra parte.

Después de un par de horas, los tapabocas y hasta los guantes que alguien optó por llevar, fueron retirados de nuestros rostros y manos para poder cantar al unísono, incluso, cada uno “interpretaba” un instrumento con su corporeidad y al ritmo del Grupo Niche, El Gran Combo, Lavoe y la Ponceña, nos fundíamos en un abrazo colectivo, que al terminar la canción se deshacía en cuestión de segundos y volvíamos a nuestros lugares, apenados y hasta avergonzados, pues el contacto humano no era permitido. No obstante, cada vez que acompañábamos las canciones, sentíamos una especie de catarsis que hacía valer la pena esa ceremonia que se repitió hasta las dos de la mañana, cuando el cansancio terminó por vencernos.

Habíamos compartido momentos como este en otros lugares, con otras personas, con otros tragos, con otra música, pero nunca en estas circunstancias, nunca con la desconfianza del otro, con el temor de que alguien llegara con un virus a casa, nunca con el miedo de estar infectados o ser portadores de él, nunca con la zozobra de la muerte, por eso la emotividad de esas horas, llenas de abrazos, consejos, regaños y hasta perdones llenos de lágrimas y promesas. Quizás por eso no queríamos que se acabara la noche y la salsa dejara de sonar, muy en el fondo sabíamos que podía ser la última vez que nos veríamos.

La visita

Wilson Rivera Paniagua
ECSAH, La Dorada (Caldas) - Colombia

Enrique se quedó dormido, sentado en la cabecera de su cama luego de una jornada de lectura de varias horas. Estuvo estudiando para dos parciales definitorios que tendría al día siguiente a primera hora. Un cabezazo tenaz, que le produjo dolor intenso en el cuello, lo despertó al instante. Cerró el computador que posaba en su regazo, lo puso en la mesita de noche, apagó el televisor y se acostó boca arriba.

Los destellos de la imponente luna llena, asomados por la ventana, llenaron de penumbra la habitación. Cerró los ojos, arrullado por el silencio profundo de las 11 y 17 de la noche. No pasaron más de tres segundos, cuando experimentó la insidiosa sensación de ser observado. No se inquietó, pues no era la primera vez que le sucedía y por inercia hizo un paneo con la mirada. Todo normal.

Volvió a entregarse a los brazos de Morfeo. Sin embargo, no supo por qué, abrió de nuevo los ojos y fue cuando experimentó el terror que no había sentido en sus 21 años, ocho meses y 14 días de vida. Ahí estaba, parada contra la puerta, una mujer vestida de blanco con cabellera negra, que lo miraba fijamente. Reaccionó como corresponde a su valentía y hombría, cubriéndose la cara con la sábana.

No era una persona supersticiosa como algunos de sus familiares, especialmente Olga, su prima, a quien era común escucharla hablar de espíritus y fantasmas. Se retiró la sábana convencido que todo habría sido producto de su imaginación y del cansancio por la dura jornada de estudio. Pero se le helaron las vísceras y con ellas las cuerdas vocales porque no pudo gritar como quería. La visitante seguía mirándolo apacible, complacida por la escena y sin ganas de irse. No obstante, a pesar del miedo, esta vez no se cubrió. Se quedó mirándola fijamente, mientras la taquicardia le hizo temblar todo el cuerpo. No sabía qué hacer; la angustia, la desesperación y la impotencia lo estaban matando lentamente. Vivía solo desde que comenzó la pandemia hacía 32 días, porque su familia, que había ido de visita a la costa, quedó bloqueada por el cierre de fronteras.

La mujer, o lo que fuera, estaba entre él y la salida, por lo que era imposible alejarse corriendo, la única solución que tenía en mente. Respiró aire gélido, que entró a sus pulmones y salió convertido en una ráfaga de viento hirviente y reverberante. No le quitó la vista ni un segundo y aunque no veía bien el rostro, sabía que se trataba de

un ser espantoso. Pensó preguntarle: - de parte de Dios o de parte del diablo, ¿qué necesita? – pero se arrepintió de inmediato. Entonces, la imagen se transfiguró en algo amorfo, imperceptible, hasta que ya no la vio más. En su lugar quedó el trípode de la cámara de video, donde ese día colgó su bata de prácticas y encima la camiseta negra que le habían regalado el día del cumpleaños.

El paso al más allá

Yeni Paola Chavarro Valenzuela
ECBTI, Saladoblanco (Huila) – Colombia

Sentía que el corazón se le iba a salir, había corrido muy rápido al sonar el timbre del celular, que no traía buenas noticias, menos aún para una mujer próxima a los 67 años. En ese momento, escuchó pasos en su casa, por lo que pensó que su hijo había llegado de comprar provisiones para los próximos días, pues no podrían volver a salir debido a la crisis sanitaria producida por un virus que estaba en su máximo contagio y podría ser peligroso para personas en su estado, ya que sufría problemas cardíacos. Cuando contestó el teléfono, escuchó la voz de una mujer, quien preguntó si era la madre de Julián, a lo cual respondió que sí. La voz al otro lado de la línea dijo: “Señora, le comunico que su hijo ha tenido un accidente”. Ella gritó: “pero, ¿cómo?, si acabo de escuchar que llegó”. De nuevo, la persona que transmitió la noticia manifestó: “lo siento mucho, señora, pero él está aquí en el hospital de la ciudad”. En ese momento, se le vinieron las lágrimas a Jane, cómo no, si era su único hijo. Rápidamente preguntó si el accidente fue grave. La mujer, con un deje de tristeza, le anunció que su hijo tuvo un fuerte golpe que le provocó muerte cerebral. Jane cayó de rodillas al frío suelo, derramando ríos de lágrimas y gritó con fuerza. “Señora, por favor, cálmese”, le decía la mujer al otro lado de la línea. “¿Cómo me voy a calmar?, es mi hijo”, exclamó. “Yo escuché por primera vez su llanto lleno de eso que en estos momentos le está faltando, la vida”, gimió. “No volveré a ver su sonrisa tan sincera, ¿cómo me pide que me calme?, gritó de nuevo. “Discúlpeme, solo trato de ayudarla, lo que me queda por decir es que su hijo está conectado a un respirador, el cual le dará máximo dos días de vida. Lo siento mucho, señora, usted comprenderá que por la situación no podrá salir de su casa porque se vería afectada. Hasta pronto”.

Jane sabía lo que conllevaba, ya no volvería a ver a su hijo. En esos momentos, divisó una sombra que, sumado con la noticia que

recibió, ocasionaron que soltara el celular y provocara un estrépito. La señora sufrió un paro cardíaco súbito que terminó con su existencia. La mujer que le informó la fatal noticia a la señora Jane volvió a llamar un par de días después para dar el parte de fallecimiento de Julián, pero nadie contestó. La funcionaria se preocupó mucho y decidió llamar a la Policía. La señora Jane vivía sola con su hijo, pues su marido había muerto hace tres años, por lo tanto, nadie notaba su ausencia. Cuando llegó la Policía a la residencia, golpearon pero nadie respondía, así que forzaron la puerta, entraron a la casa y encontraron el cuerpo sin vida de Jane. Ese mismo día madre e hijo fueron cremados.



Encierro entre encierro

Gabriela Vega

Pasan los días y sigo en casa, presa del miedo al “afuera”, ese monstruo grande y sin forma en el que ahora se transformó el espacio que hay más allá de mis cuatro paredes. Ya no sé si me siento encerrada y tampoco sé si me hace falta salir. Desde la ventana parece que puedo obtener todo lo que necesito, si es que acaso necesito algo; aire puro, rayos de sol, gotas de lluvia, perros, gatos, personas...

Esta cuarentena ha sido un cuaderno de mil reflexiones, lienzo de imaginaciones y utopías de futuros imposibles. El tiempo se alarga cada vez más y de pronto quince días ya son cuatro meses en los que la vida no ha dejado de pasar. Este proyecto busca representar las emociones y la incertidumbre que tan cambiante he tenido durante esta época, por medio de la abstracción de las imágenes.











El encierro de los niños

Ismael Chamorro Capdevila

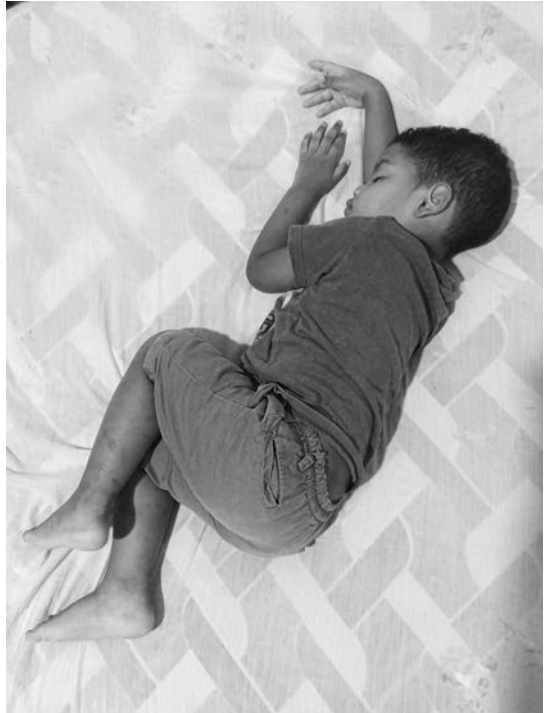
Todos tenemos una manera muy comprensiva de asumir esta situación, sin embargo los niños ven las cosas de una forma diferente, vivo en un segundo piso en uno de cuatro apartamentos que comparten un espacio común y es muy pequeño, tengo dos hijos Abryl e Ismael, y dos Sobrinos Mathias y Alina, ellos no saben con claridad lo que sucede en el mundo, ni cuantos contagiado hay, ni mucho menos se imaginan la cantidad de muertes que van, ellos solo saben que hay un virus en la calle que no los deja salir(cononavidus dice el Ismael).

Ellos son los protagonistas de mi historia, ya lo han sido en todas las anteriores, pero hoy es diferente, hoy están donde la abuela, ya va mucho desde este encierro y es el momento de salir, aunque el virus asecha aun, nuestra necesidad de ver el sol y respirar aire real nos llama ya ellos más, solo sus mascarillas y un baño de alcohol los separa de todo esto que está pasando.

Son niños afrontando esta pandemia como son, con su inocencia y malicia, además rodeado de un lugar marginal que es el lugar donde les tocó vivir a sus abuelos.











En tiempos de pandemia, el ser personal de la salud corre riesgo, puesto que esta expuesto a la agresión de las demás personas, por eso esta foto muestra, que al contrario que Superman, debe esconder su profesión bajo su manto de heroína.

El diario de una enfermera

Marcela Grace Cipamocha Cifuentes

La enfermería es la profesión que nos lleva a brindar cuidados holísticos y de calidad a nuestros pacientes, sea en la etapa de desarrollo que se encuentren o en el tipo de curso de la enfermedad que esté viviendo; hoy en día con el tema de la pandemia, la enfermería se encuentra enfrentando uno de los momentos más críticos de su historia, puesto que esto es nuevo para todos; enfrentando cambios como toda la población en su ámbito social y económico, pero además de esto ha implicados cambios a nivel profesional, que no solo afectan laboralmente, sino que adicionalmente afecta su diario vivir.

Con esta crónica fotografía, se busca plantear como es el diario vivir de una enfermera, que debe enfrentar una pandemia, estando en la primera línea de atención y todo lo que conlleva para el transcurso de su vida.



Iniciando una nueva jornada, con toda la actitud positiva a pesar del dolor que ocasionan los elementos de protección, creo que los ojos son el reflejo de lo que sentimos.

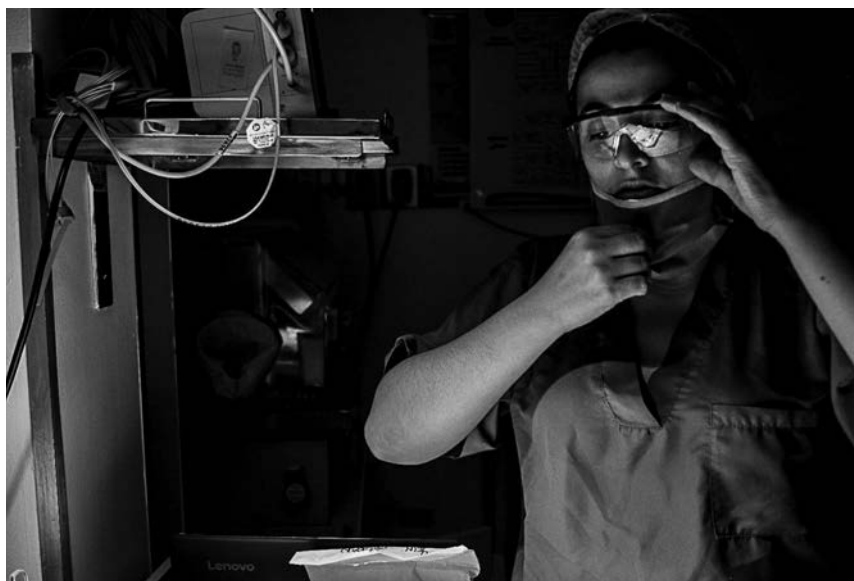




El peor sentimiento que se genera al momento de atender un paciente, la incertidumbre que ocasiona el no saber cuál de tus pacientes podría ser un potencial foco de contaminación, sin embargo, la vocación nos hace un llamado constante a estar listo al frente



La pandemia no solo ha dejado huellas psicológicas y sociales; si no que también ha dejado las físicas; si antes el lavado de manos era fundamental para nuestra labor, ahora este se ha vuelto una regla de oro para combatir el virus, pero esto conlleva a dejar marcas en nuestra piel, como la dermatitis.



Un respiro durante la noche, siendo el tapabocas tu mejor aliado contra un virus que no respeta edad, raza ni género.



Por fin llega el fin de la jornada; haciendo todo lo posible para brindar los mejores cuidados a tus pacientes; después de 12 horas te queda, mucho sueño, una vejiga a reventar y las ganas de comer y beber todo lo que no pudiste durante tu jornada laboral.



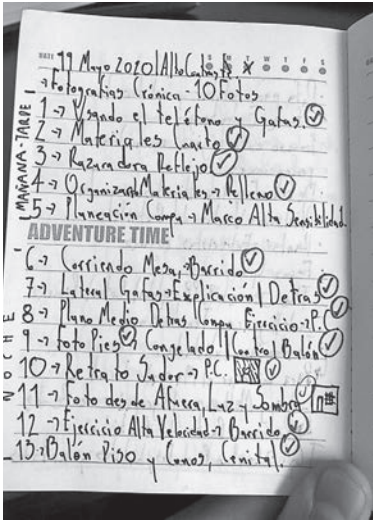
Antes de la pandemia, llegar a tu casa, significaba ir directo a la cama luego de una larga noche; ahora cuando eres un potencial peligro para tu familia, un balde, espray y un baño hacen mas larga la jornada, pero te dan la seguridad de que estás haciendo todo bien, por tus seres queridos.



Y llega ese momento, en el cual puedes descansar, desconectarse por unas horas de todas las preocupaciones que te genera el ser una enfermera; prepararse para una nueva jornada, como siempre con toda la vocación hacia el prójimo, porque al final de cuentas todo parte del amor al arte de cuidar.

2x2

Rubén Darío Ávila



Los cambios sociales que trajó la pandemia son múltiples, evidenciaré en esta crónica como negocios tradicionales tuvieron que reinventarse y seguir con su trabajo haciéndolo de otra forma. 2x2 es una crónica fotográfica que será realizada enteramente en casa y en la cual retrataré a mi padre, quien hace 4 años lleva la academia de fútbol EmmanuelFC y debido a la situación actual cambió su modelo a clases de fútbol virtuales. 2x2 metros es el nuevo espacio de entrenamiento, es hacer una clase desde casa, es hacer ejercicio en videollamadas, es mantener a niños y jóvenes haciendo otras actividades, es mantener viva la llama del fútbol.



2x2 es la historia de un profe de fútbol, (mi papá) que cambió su entrenamiento a clases virtuales desde casa, para sus alumnos. La pandemia por ahora parece que colgó los guayos.



Antes de clase la prepara cuidadosamente. Alista materiales, se arregla, se peina y se cepilla los dientes. Es como si fuera en la cancha, en el campo de juego



Organiza la sala, mueve objetos, prepara su espacio de entrenamiento. Se necesitan de mínimo 2 x 2 metros para esta noche una vez más, jugar con el balón.



Escribe por grupos de WhatsApp, conecta niños y está pendiente de quienes van llegando para darles las buenas noches. Da instrucciones para el entrenamiento de hoy



El cuarto de materiales antes se encontraba en una oficina, ahora está en el apartamento, utiliza un cuarto entero como bodega, ahí atesora sus más apreciados trofeos y materiales de trabajo.



Sus herramientas primarias ahora son su teléfono y su portátil. El profe en cada entrenamiento espera impaciente a que sus deportistas acudan al llamado del balompié.



La clase es de pases, los compañeros de hoy se llaman pared y silla. El profe motiva a los niños y les explica la técnica para hacer un pase tipo Johan Cruyff, jugador al que admira por su destreza con el balón.





Todos en el barrio conocen al profe, siempre va con una sonrisa saludando gente. Los entrenamientos son intensos y por eso todas las noches en la 100 con 70 hay una puerta abierta para el fútbol.



Ajustar, corregir, motivar. No hubo tantos niños, antes eran 200 hoy son 7. En el cierre se reflexiona sobre la clase, se lee un texto motivacional relacionado con la pereza, la derrota y el fracaso. Cada detalle se diseña.



“Nunca perderemos la esperanza de un mundo mejor, todo llega por algo y aprendemos, Dios está con nosotros, seguimos”.

